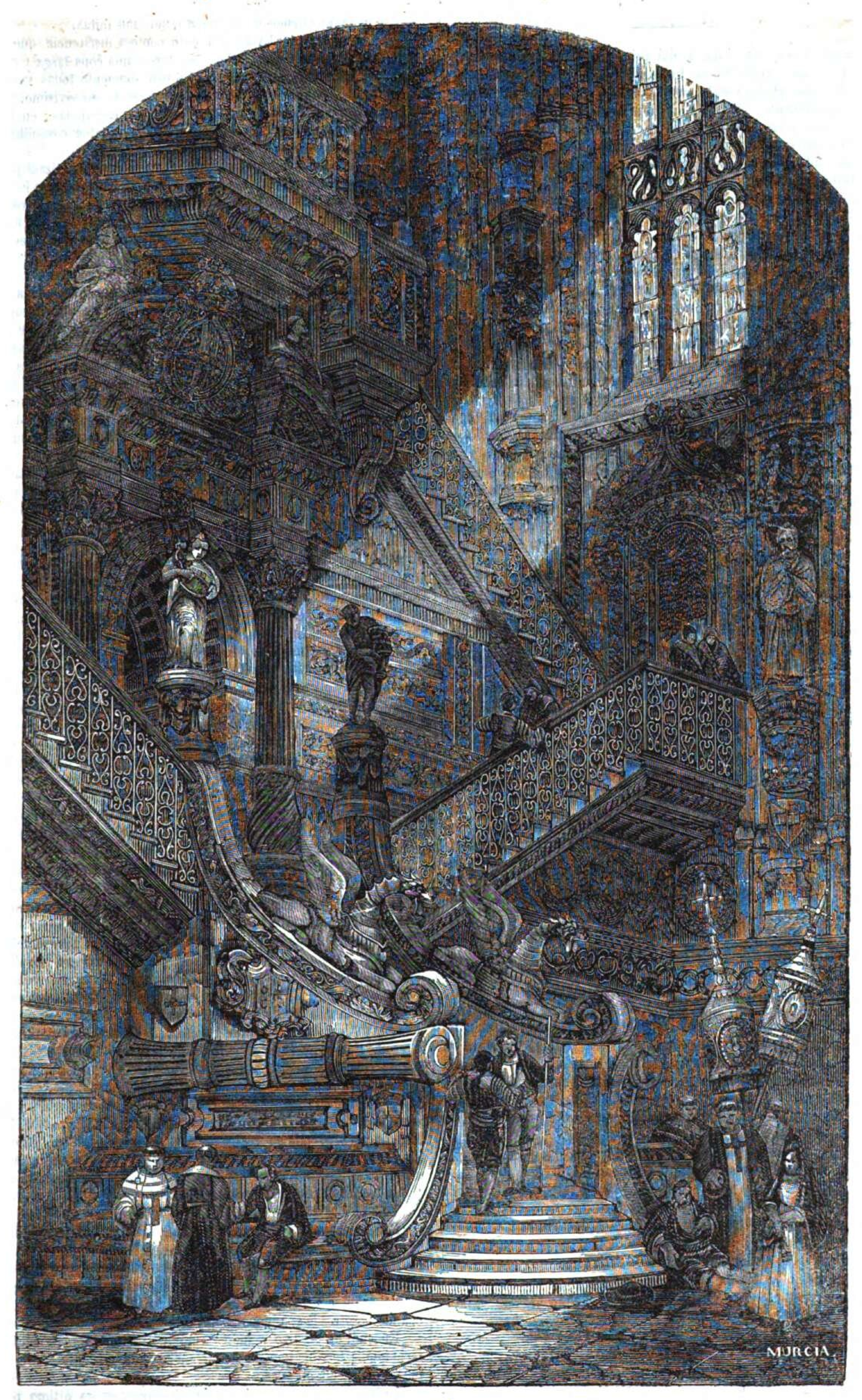


(Interior de la catedral de Burgos.)

22 de Febrero de 1852.

LA CATEDRAL DE BURGOS.

Esta magnífica obra, á que se dió principio, segun algunos autores, en 1221 bajo el reinado de Fernando III, no se concluyó hasta el siglo XVI por el arquitecto Juan de Badajoz. Es uno de los mas hermosos monumentos del arte gótico que existen en España. Flechas ricamente esculpidas coronan las dos torres de su preciosa fachada, y en la parte interior se admira particularmente la soberbia capilla octágona llamada *del Condestable*. Columnas y esculturas de gran mérito y belleza adornan sus diversas entradas.

El grabado que ofrecemos de este gran templo, representa la escalera, de un estilo estraordinario, tomada de un cuadro de Roberts, pintor contemporáneo, por la cual bajan á las naves del norte de la catedral los fieles que habitan en aquel lado de la ciudad. Para formar una idea de la disposicion de dicha escaiera, es preciso tener presente que Burgos, la antigua corte de Castilla, está situada en la pendiente de una colina, cuya cresta coronaba en otro tiempo un castillo construido en el año de 884, bajo el reinado de Alfonso III, por Diego Porcelos, y el cual ha sido reedificado durante la última guerra civil. El pueblo habitaba en un principio cerca de la mencionada cresta, pero fué alejándose de ella de siglo en siglo: así es que la calle mas alta de la actual ciudad era la mas baja de la antigua.

El lado de la catedral que mira hácia la falda del monte, está enteramente al descubierto y domina á Burgos; pero el del norte, por el contrario, se halla oculto en gran parte por la cresta y dominado por las calles altas. La magnífica escalera de que hemos hablado establece una comunicacion rápida y fácil entre dichas calles y el interior del edificio. Notable por la elegancia de su construccion esta escalera, no lo es menos por la riqueza, por el lujo y por la variedad de sus pormenores. La luz, que solo penetra en ella á medias, aumenta el buen efecto general, prestando al esquisito trabajo de su decoracion un misterio mas profundo. El rayo que el pintor ha marcado hábilmente y que atraviesa su composicion, baja de una ventana que no ha entrado en el plan del dibujo.

En 1832 fué cuando Mr. Roberts sacó en Burgos el diseño de este cuadro, que formaba parte de la escogida coleccion cedida por Mr. Vernon á la galería nacional inglesa.

PESADILLA.

Y los sueños, sueño son.
CALDERON.

Erase un baile de máscaras: lugar de la escena, el ambigú: actores, media docena de jóvenes sentados en torno de una mesa cubierta de manjares y botellas. La conversacion, al principio *sotto voce*, aunque bien nutrida, fué siguiendo despues la escala progresiva hasta llegar á un *tutti* atronador, en el cual un músico hubiera podido observar una desafinacion creciente.

Ante todo conviene decir que *yo* (monosílabo satánico) representaba una unidad de la consabida media docena.

Aunque no conservo mas que una idea confusa de aquella escena, recuerdo sin embargo que mientras mis cinco compañeros con el rostro iluminado y los ojos chispeantes se referian unos á otros sin escucharse, las conquistas de aquella noche y los encantos de la polka íntima, mi individuo (procuraré evitar el *yo* cuanto me sea posible) tarareaba en voz baja las *habas verdes*, llevando el compás con un cuchillo que heria simultáneamente un plato que ostentaba los restos del esqueleto de una perdiz. Mi actitud ensimismada y casi silenciosa en medio de aquella tumultuosa asamblea, formaba un contraste flagrante que mis amigos no podian dejar de percibir.

—¡Eh, despierta! me dijo uno de ellos dándome con el pié por debajo de la mesa. ¡Pues no se va á dormir el miserable!

—Alza la vista, dijo otro, si es que no tienes recelo de que en ella leamos los vasos que has bebido.

En este momento creo que levanté la cabeza.

—¿Sabes, amigo, que eres pájaro de mal agüero? esclamó un tercero; esa cara de miserere es impropia de la situacion.

—Bien dicho. Es disonante.

—Incongruente.

—¡Que se vaya á la cama!

—¡No, no, que hable!

Procuré hacer un esfuerzo sobre mi mismo.

—¿Sabeis lo que digo? esclamé por fin dirigiendo á mi alrededor una mirada insegura; que vuestros rostros se van tiñendo sucesivamente de amarillo, de azul, de encarnado y hasta de todos los colorès del arco iris.

—Bah! se conoce que has bebído mas que un inglés.

—Eso es segun el color del vino por donde nos miras.

—¡Es muy singular! volví á repetir con esa insistencia que produce la embriaguez, y acercando á mis labios una copa larga y estrecha coronada de hirviente espuma.—En este momento todas vuestras fisonomías han pasado del encarnado á un color de oro vivísimo.

Mi observacion fué acogida con bulliciosas carcajadas, en tanto que yo sentia con placer en mi garganta el agradable cosquilleo del falsificado *champagne*.

Cansado sin duda de aquel esfuerzo, ó mas bien magnetizado por los vapores del néctar, volví á dejar caer la cabeza mostrándome insensible á cuanto me rodeaba. Creo sin embargo que traté de abrir los ojos; pero cada uno de mis párpados pesaba cuatro quintales: quise librarme de aquel peso importuno, pero los brazos se negaron á obedecerme, y...

Debí quedarme dormido.

Pero no con ese sueño tranquilo y reposado, paréntesis de la vida, que con tanto afan desea el que padece; sino por el contrario con uno de esos sueños agitados en que la sensacion se duplica y en que la vida moral se reconcentra en un sentimiento esclusivo, en un deseo supremo. Inesperadamente vi flotar ante mis ojos una figura blanca cuyos contornos se perdian entre las sombras: nada mas fantástico y voluptuoso que esta aparicion, superior á las creaciones de Rafael, superior en fin á la naturaleza misma. Un velo blanco, parecido á una de esas nubes que vagan por el cielo en una noche de luna, ocultaba sus facciones, dejando trasparentar el brillo abrasador de sus ojos.

Me hizo una ligera señal con la mano, como llamándome hácia sí. Quise levantarme, pero en vano: mis piernas y brazos agarrotados se negaron al movimiento, y permanecí inmóbil, no sin esperimentar un inesplicable sentimiento de angustia.

No obtuvo mejor resultado otra nueva señal de la sílfide, hasta que me volvió la espalda y empezó á caminar delante de mí. Como el acero atraido por el iman, así una fuerza cuyo origen desconocia, me arrastró en su seguimiento. Mis piés no se movian, y sin embargo caminaba.

En mi cabeza aun habia algo que se parecia á baile de máscaras, y por lo mismo al salon fué donde me condujo mi guia misterioso. La veia revolotear por encima de aquel hirviente mar de cabezas, y la seguia siempre con el corazon palpitante y con un zumbido en las sienes producido por la fiebre del deseo. Despues de haber recorrido todos los ángulos del salon, la vi desaparecer por una de las puertas, deslizándose á lo largo de un pasadizo tortuoso y oscuro, al cual me sentí arrastrado en su seguimiento. A medida que caminábamos ella delante y yo detrás, las paredes se iban estrechando visiblemente, y bien pronto me encontré aprisionado entre los dos muros, sin poder retroceder ni avanzar. Un sudor frio brotó de la raiz de mis cabellos erizados por el terror, y sentí la cabeza arrebatada por el vértigo: mi vista se oscureció: faltó á mis piés el punto de apoyo, y me despeñé en un caos de tinieblas.

La tentadora fantasma no habia desaparecido: la vi circundada por una aureola de luz, que hacia resaltar sus contornos en el fondo oscuro del espacio. Quise acercarme á ella: ella se volvió y se vino entonces hácia mí; mi brazo ciñó su esbelta cintura, cuya fria y dura superficie me heló la sangre en las venas. A través de su blanco velo, dos ligeros puntos luminosos venian á herir mis pupilas: era sin duda la llama que despedian las suyas: mi mano arrancó aquella venda importuna. ¡Horror! En lugar de un rostro radiante de belleza, me encontré con la fria y repugnante imágen de la muerte: era una calavera, cuya boca sin labios, entreabierta, tenia una espresion de cruel sarcasmo: en el fondo de aquellas dos oscuras cavidades brillaban dos ligeras chispas fosfóricas, que contribuian á dar una espresion aun mas sombría á su espantoso conjunto. Intenté desasirme inútilmente de sus brazos, que me aferraban con una fuerza sobrenatural, y continuamos rodando por el vacío, sin aire, sin luz, sin horizonte. El fantasma acercó al mio su rostro de esqueleto: mis labios sintieron el frio contacto de su boca carcomida: en el colmo de la angustia quise retirar violentamente la cabeza, que chocó contra una superficie dura, y que me hizo exhalar un quejido de dolor. . . . .

Desperté!

Por todas partes me rodeaba el cansancio y el desórden; algunos de mis compañeros roncaban deliciosamente tendidos sobre las sillas, y otros habian desaparecido. Por entre las junturas de los balcones el alba teñia de color cárdeno todas las fisonomías. El zumbido que venia del salon era mas igual, pero tambien mas ronco y apagado que cuando nosotros le abandonamos.

Encendí un cigarro y fumé: esto me serenó completamente; parecia que la terrible imágen de mi sueño huia envuelta entre el humo que despedia mi boca.

Entré en el salon: un baile de máscaras, en su último período, siempre tiene algo de terrible. Entonces no hay mugeres bellas; el sello abrumador de la orgía imprime en todos los rostros su huella in-

fernal: el matiz de las mejillas, el carmin de los labios, la voluptuosidad de las miradas, todo desaparece. Entonces no hay placer, no hay emociones, solo queda el hastio. Parece que el demonio de la realidad emponzoña con su aliento aquella atmósfera poco antes impregnada de besos, quejas y suspiros de amor.

Una máscara se acercó silenciosamente á mí, cogiéndome de un brazo.

—Vamos! me dijo: ya es hora: te he estado buscando toda la noche. Temí que hubieras olvidado nuestra cita.

Por única respuesta llevé el cigarro á la boca: me desasí bruscamente de su brazo, metí las manos en los bolsillos, y volviendo la espalda, me dirigí á la puerta con paso vacilante, sintiendo á poco rato azotar mi rostro el frio relente de la mañana.

. . . .

Mas de un lector, al terminar la lectura de este artículo, esclamará para sus adentros:

—¿Y qué me importa á mí todo esto? ¿Quién es el que no ha soñado alguna cosa parecida? A estos zurcidores de artículos, se les figura que todo lo que les pasa es sobrenatural.

Calma tu irritacion, indignado lector. Tienes razon: los lectores la tienen siempre. Pero acuérdate que *la vida es sueño*, que soñaste haber leido este artículo como yo soñé haberle escrito. Si el sueño te parece malo, califícalo como yo de *pesadilla*, y estamos del otro lado.

CEFERINO SUAREZ BRABO.

LA FORTALEZA DE MEDINA DE RIOSECO.

. . . . . «Por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente.
. . . .
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.»
RIOJA.—*Ruinas de Itálica.*

Cuando el viajero que cruza hoy en rápido vehículo la carretera general de Castilla la Vieja, llega á las márgenes del cenagoso Seguillo, y costea las vertientes del collado qué se eleva sobre el camino al S. de la vetusta ciudad de los Almirantes, pregunta con estrañeza por la significacion de aquella mole cónica, culminante en la estéril prominencia. Porque mal pudiera adivinar que allí, donde ahora crece la yerba agreste y solitaria, se amontonaron en otro tiempo recios y copiosos sillares en altanera perspectiva. Y le ofrece un contraste singular, que en vez de las arrogantes torres, que antaño desafiaban con su almenada frente el soplo de la tempestad, hogaño unos mezquinos arbustos dejen abatir su blanquecina copa por el viento de la noche. Y tan solo comprende el curioso lo que tiene á su vista, cuando un honrado campesino le muestra con el dedo el desmoronado altozano, y dice con acento frívolo é indiferente: *La fortaleza*. ¡Sarcasmo involuntario contra aquel monton de polvo y oscuridad!

¡La fortaleza!.. Cuando los sucesores de Ataulfo no habian terminado su historia con la ominosa página de Perez; cuando el sol de Covadonga borraba del horizonte castellano la menguante luna de Ismael; cuando Castilla disputaba la integridad de sus fueros á la imperial usurpacion, era digno de aquel título el gigante marcial. ¡Entonces era gallardo y fortísimo! Desde su pedestal escarpado señoreaba, no ya la populosa villa á su espalda guarecida, sino la dilatada vega que se tiende á su planta, orillas del perezoso riachuelo, y por cuatro leguas de longitud, desde el castillo de Belmonte á la fortaleza de Tordehumos, prolongándose la lontananza por esta parte á los campos bajos que guarnecian los fuertes de Villa-García, Villa-Alonso, y la encumbrada plaza de Ureña, en direccion de las ciudades de Toro y Zamora. De esta manera, situado en el centro del pais llano, y en el camino real de Leon y Castilla, al punto donde confluyen las vias de sus dos antiguas capitales, y además las de Palencia, Valladolid, Tordesillas, Benavente y otras localidades considerables, tenia grande importancia militar, y era el núcleo de la accion del gobierno sobre estas comarcas. Por eso fué su posesion en todas épocas tan ventajosa y codiciada. Y no tan solo podia quien fuese dueño de este vastísimo castillo, hacer la guerra con poderosas ventajas en todo el país de *Campos Góticos*, y en último caso recogerse con sus banderas á este invulnerable seguro, sino que habia otras razones de mas cuenta. Poseer la fortaleza era poseer la villa. Y la villa entonces valia mucho en poblacion, riqueza y significacion estratégica y politica. De aquí se sacaba fácilmente soldados, vituallas y recursos de todo género: desde aquí se dominaba todo el pais fructífero y despejado de los *campesinos;* esta era la llave de la frontera entre los dos primitivos Estados cristianos; esta era una base importantísima de operaciones, y un foco para tener en jaque á todas las plazas y señorios de la vecindad.

Así, aunque sin podernos remontar hasta su orígen primario, hallamos disputada la tenencia de este castillo en todas las épocas memorables de la historia. Los reyes de Asturias y Leon procuraron arrancarle de las manos sarracenas al primer periodo de la dominacion restauradora. D. Alvaro de Luna, cuando el levantamiento de los ricos-homes contra su omnímoda privanza, no omitió esfuerzo ni diligencia para atraerse al Almirante, señor de la villa y su fortaleza, y al fin la ocupó con un golpe afortunado de autoridad. En la guerra de las comunidades fué el asilo de los sicofantas imperiales, y cuartel general de los regentes, y asiento de aquella malhadada y belicosa gobernacion. Y los almirantes de Castilla, cuya casa era una de las primeras y mas preciadas de la monarquía, le hubieron como principal baluarte de su señorío y de su poder. Bastan las precedentes indicaciones para comprender el precio que en las circunstancias graves de aquellos tiempos se daba á la fortaleza del Almirantazgo Campense, y las imponentes escenas de que fuera teatro militar.

La hora de su decadencia sonó al fin, como no podia menos de suceder. Variado el sistema militar con los adelantos del espíritu destructor, libre la monarquía de guerras con estraños dominadores, y erigida la autoridad régia sobre los despojos del feudalismo y del sistema municipal, en poder céntrico, absorbente y único, perdieron su importancia las fuerzas locales, especialmente despues de la guerra de las comunidades. El despotismo imperial comprendió su interés en desarmar los pueblos, para volverles impotentes y hacer imposible toda resistencia á la usurpacion. Si el castillo de Medina de Rioseco sobrevivió á esta peripecia, fué por la capitalidad del Almirantazgo. Pero luego que estos magnates abandonaron su sede señorial, y que el trono nada podia temer de la razon popular, siguió la comun suerte de sus compañeros, y cayó sobre sus altas torres la mano de la destruccion. Esto era por mitad del siglo anterior. Al medio del presente es un

«Campo de soledad, mustio collado (1).»

Descorrámos con el pensamiento el velo de esas ruinas; levantemos la obra de otros siglos á los ojos de la posteridad.

La fortaleza de Medina de Rioseco era, si no enteramente igual á la traza que damos en la lámina, al menos una cosa muy parecida. Podria variar en algun detalle ó accidente ornamental; pero en la forma fundamental, en el tipo artístico estamos seguros de haber acertado. Esto es lo importante. Lo demás son cosas de menos valor, y que no atañen al fondo de la verdad. ¡Harto nos ha costado de investigacion y discurso acercarnos á ella! Examinando las ruinas informes de aquel edificio; inquiriendo con ojo atento los datos arrojados por las escavaciones que con diversos motivos allí se han verificado; estudiando, comparando y descifrando los restos de la fortificacion, el área de la antigua fortaleza y sus condiciones topográficas respecto de la poblacion; adivinando el estado que entonces debiera presentar, borrado casi actualmente por las vicisitudes del terreno y de las nuevas construcciones; teniendo que vencer montes de tinieblas con un átomo de luz; poniendo en contribucion todo nuestro discurso para caminar de lo poco á lo mucho; habiendo además que ir con la razon en guardia para evitar el riesgo mayor de esta clase de estudios, que consiste en dejarse arrebatar por la poesía de los recuerdos y por el entusiasmo del arqueólogo y del artista, y en tomar como resultado del entendimiento la apariencia de la fantasía; y haciendo en suma un estudio profundo de los escasísimos datos existentes, y aplicándoles la historia del arte con filosófico criterio, es como hemos llegado al éxito que hoy ofrecemos á los curiosos y anticuarios.

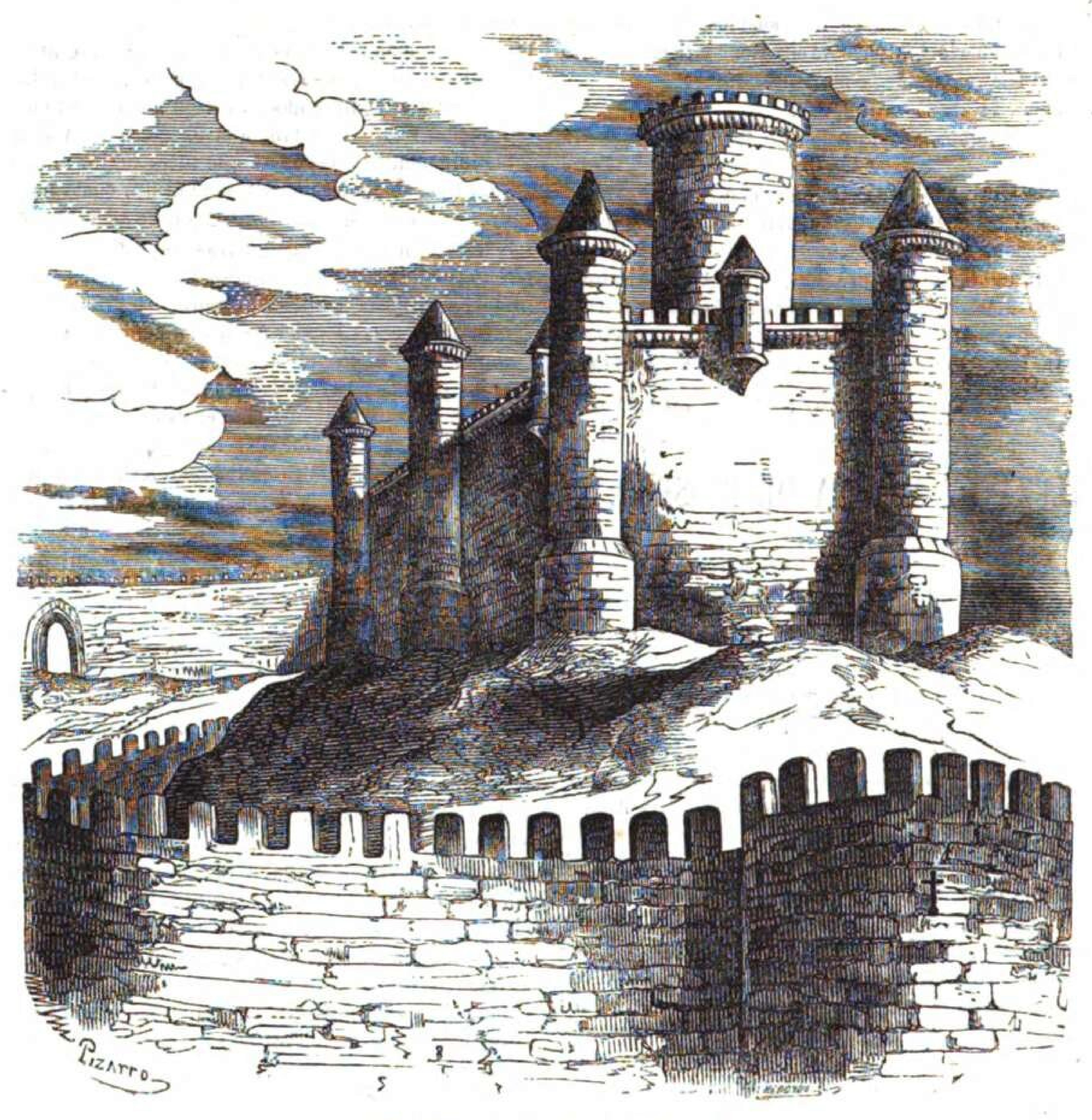
Debiamos esta esplicacion como escritores de conciencia y lealtad. Aunque seria muy difícil podernos contradecir, porque creemos poseer la mejor coleccion de noticias de toda especie, no solamente respecto de esta ciudad, sino del pais tambien; aun cuando podiamos sin temor fundado hacer alarde de seguridad en nuestro descubrimiento, no puede tanto con nosotros el amor propio. Vale mas la fé de las letras. Así pues, sin absoluta pretension, y declarándonos susceptibles de defecto en las apreciaciones hechas, damos á la arqueología el fruto de un buen deseo, de largas meditaciones y no pocos desvelos, no como cosa conclusa, sino como un juicio racional y probable, que puede recibir mejoras de otros mas discretos ó afortunados.

Nada existe del castillo de Medina de Rioseco mas que un monton de escombros sin forma ni color. Convertida su área en paseo público, que lleva el nombre histórico y rememorativo de *La fortaleza*, solo sirve para el solaz de las tardes de invierno y las noches de verano. Siempre tuvimos grande anhelo por saber lo que habia sido este antiquísimo alcázar de la guerra, en nuestro afan por las antigüedades riosecanas. Pero no existe ninguna persona que alcanzara su última época, ni se conserva pintura, ni hay documento en los archivos que pudieran satisfacer tan natural curiosidad. Fué preciso armarnos de la paciencia minuciosa y perseverante de todo revolvedor de antiguallas, para ir

(1) Elegía citada en el epígrafe.

juntando recuerdos, tradiciones, datos esparcidos y olvidados casi, para utilizarlo todo en pro de tal designio, y para coordinarlo y armonizarlo con el poco material restante de la arquitectura militar de la villa, y para arrancar, en fin, al polvo y á los siglos su secreto. Porque hasta la circunstancia de tener ante los balcones de la casa paterna los rotos y áridos paredones de aquella fortaleza, en cuyo abandonado solar entretuvimos algunas horas de la infancia en alegres esparcimientos, nos ha impresionado mas y mas en el empeño de apurar la historia y fisonomía de aquel derrumbado gigante.

Su planta general era un cuadrilátero rectángulo. Para comprenderlo no se necesita mas que examinar el área donde estaba edificada, y que forma la meseta de la prominencia meridional de la poblacion. El castillo ocupaba la punta mas avanzada sobre las vertientes esteriores, escarpadas y culminantes por tres puntos cardinales. Por el restante, al N., el edificio desembocaba sobre la plaza de armas, constituida por el estremo de la cumbre plana del cerro que desciende suavemente al centro de la ciudad. Esta placeta, denominada hoy con un dictado vulgar, se conocia en el siglo XVII con el nombre de *Plaza de los toros*. Y esto significa quizá que, habiendo los moros introducido esa clase de espectáculos, se celebraban, mientras permanecieron aquí, en la plaza del castillo las lidias, como punto único al efecto; siguiendo despues de la reconquista los caballeros cristianos haciendo en ella sus bohordos y fiestas militares. Pues siendo el castillo la residencia de los señores de la villa hasta el siglo XVI, nada mas conforme á las ideas y ceremonial de aquel tiempo, que tener los alardes bajo los góticos ajimeces de la hermosa cuanto ilustre castellana, como reina de la caballeresca lid.



(Fortaleza de Medina de Rioseco.)

Dos recintos constituian el sistema militar de la fortaleza, uno esterior y otro interior. Formaba el primero una línea de muralla protegida por espaciosos cubos, y que ceñia por su falda el collado, arrancando del muro general de la poblacion. Así lo demuestra el corte de los dos trozos que se conservan á los lados del derruido castillo, y que rematan á pequeña distancia del perímetro marcado por las ruinas, junto á la ermita de las Nieves y la alhóndiga. De este modo quedaba la fortaleza dentro del circuito total de la plaza. Esta vasta cortina, almenada de fuerte sillarejo, tenia una elevacion de veinte piés castellanos por cinco de espesor, y figuraba un semicirculo irregular circunscripto á la circunferencia de la villa. Hasta hace algunos años existieron los vestigios de los tambores espresados, notándose en él esculpida una cruz. Tras este poderoso antemural se alzaban ásperas y cortadas las pendientes del cerro, donde tenia su asiento el segundo órden de la fortificacion, el cuerpo principal del castillo. Guarnecido su contorno cuadrangular de recios baluartes, de forma circular, coronados de vistosos canes y cónicos techos, rematados sus arrogantes muros de dilatados almenares, y elevándose en el centro de las obras la poderosa torre del homenaje, ofrece una perspectiva tan pintoresca como belicosa. Esos puntiagudos torreones que en variada gradacion se destacan sobre el azul oscuro de la atmósfera; esa mole bizarra, cuya sombría silueta se dibuja á lo lejos en imponente panorama; esa formidable atalaya que en medio de la noche parece junto á la silenciosa poblacion una matrona heróica velando el sueño de su hija, llevan el alma por la impresion de los sentidos á vagas y misteriosas emociones, y hablan al instinto del artista y al sentimiento del poeta.

La forma de las obras esteriores está conforme á todas las defensas de esta especie en los castillos de aquel tiempo. Tenemos además otro fundamento para nuestra idea sobre los bastiones cilíndricos. Porque existe un apuntamiento de cierta escritura antigua, en que, haciendo referencia á las papeles del Almirantazgo, dice «que se colocaron en la »fortaleza, en un cubo que tenia una puerta de hierro, y caia á la tier»ra que llaman del Pozo». Y por último, en la escavacion practicada pocos años há, hemos visto un cubo espacioso y bien cortado, al lienzo N. O. de las ruinas. Las almenas y modillones inherentes á tales obras, eran iguales á los que guarnecen el baluarte de la puerta de Ajujar, contemporáneo de la fortaleza. Las cúpulas cónicas de los cuerpos salientes eran comunes en los castillos de los primeros tiempos, y adorno característico del tipo gótico que dominaba en esta fábrica. Teniendo presente que desde los mas antiguos reinados de la dinastía leonesa, la fortaleza de esta villa era el punto principal de la frontera y la atalaya del país para las operaciones, se adivina la existencia de una fuerte y elevada torre de banderas, desde la cual pudiese el vigía dominar todos los fuertes del contorno, y servir de vehículo telegráfico para las alarmas y vicisitudes de aquel borrascoso tiempo. Su forma redonda parece indicar el vestigio de la castramentacion romana. Porque los dominadores del mundo tuvieron en algo á la capital *Campense*, y dejaron recuerdos en ella de su señorío imperial.

La magnitud y solidez del castillo se comprenden sin mas que lo

espuesto, y por la consideracion de que era el depósito general de vituallas y menesteres de la comarca para la gente de guerra, y el núcleo de la línea defensiva del reino por esta parte de la tierra llana. Tenia tambien su capilla y panteon. En el siglo pasado se halló entre sus escombros una escultura de talla natural, en madera, y no muy antigua, del arcángel San Miguel. Téngase presente que la primitiva parroquia de esta villa estuvo dedicada al mismo; porque es una coincidencia muy espresiva. Se encontró asímismo un sepulcro de piedra, y dentro una momia cubierta con gasa de plata. Y el año anteúltimo salió entre los escombros una culebrina de hierro, de aquellas ceñidas con anillos, y que por medio de argollas y cadenas se suspendian á la parte esterior de los muros para flanquear sus frentes con fuegos trasversales.

Importantes sucesos históricos han tenido lugar en esta fortaleza, con particularidad en los tiempos de la privanza de D. Alvaro de Luna y de las comunidades. Ya hemos hecho mencion de algunos en otro trabajo especial.

La ruina de esta construccion militar fecha de mediados del siglo último. De sus despojos se edificó el soberbio cuartel de caballería, presa ya de la mas vandálica destruccion, y algunos edificios mas. Fué el castillo pertenencia de los Almirantes; recayó en la casa de Osuna, y revertido el señorio á la corona en 1837, se vendió su escombro y solar por la hacienda pública, y hoy es pertenencia de la ciudad.

Muchos datos y pormenores acerca de esta obra feudal, y acaso anejos á la historia de la poblacion, pudieran acopiarse, si el amor á las antigüedades dominara entre nosotros. Desmontando el hacinamiento de escombros, indudablemente se encontrarian partes de la fábrica, armas y enseres de aquella época. El vulgo designaba con el nombre de *Sala de los moros* una habitacion entera, que se descubrió algunos años há, y que tenia sus paredes intactas. Las bodegas y almacenes subterráneos deben estar íntegros, porque la ruina no ha penetrado al fondo del área.

¡Tal es el órden del mundo! Cada cosa tiene su época, sus aspiraciones cada civilizacion. Y la humanidad, de tránsito en tránsito, camina á su destino providencial. Lo pasado fué para la fuerza; el porvenir es para la inteligencia.

V. GARCIA ESCOBAR.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Feliz sin duda fué esta tarde Carlos, y por el mismo estilo podia haber sido feliz otro corazon que, encerrado en su cuerpo correspondiente, por allí andaba paseando, si este corazon no hubiera tenido la desgracia de caer en cuerpo de muger. No se habrán olvidado los lectores todavía, de aquella niña que desde aquel balcon habia visto á Rafael aquel mismo dia. Pues esta niña tambien le habia visto esta tarde en el paseo, tambien se hubiera puesto detrás de él, y tambien le hubiera alcanzado cualquier cosa que se le hubiera caido, pero no es costumbre. Y como si no bastaran todos estos obstáculos, que á estas cosas puramente materiales se oponen, otro motivo habia venido á oponerse hasta á la secreta espansion del cariño, en este corazon mugeril. Como Rafael iba con la misma muger á quien acompañaba por la mañana, era de suponer que estuviera casado. Ya hemos visto cómo se habia portado Carlos, á pesar de que la misma idea le habia asaltado con respecto á Luisa; pero el amor del hombre es mas espontáneo y menos razonado que el de la muger. Las mugeres tienen una conducta admirable y digna de envidia en esta parte. Es verdad que no están seguras las esposas de que no las arrebatará su esposo, otra esposa mal desposada, ó alguna viuda honesta; pero aun cuando su marido sea el hombre mas hermoso, mas amable, mas cabal del mundo, con dificultad podrá inspirar amor á una vírgen; á menos que esta virgen sea deshonestísima, ó lo que es lo mismo, no comprenda sus *intereses*.

Estos son apuntes para una *Consideracion general sobre el amor de las mugeres*, que pienso escribir, si Dios me ayuda.

Ibamos pues diciendo que se la ocurrió á la niña aquella, que de paso dicen que se llamaba Ines, que Rafael estaba casado; y que con motivo de habérsela ocurrido esto, empezó á padecer lo que nadie sabe. Pero como no lo sabia de cierto, conservó aun el bastante amor, ó mejor diremos, aficion, para ver con gusto que Rafael, siempre que pasaba, la miraba con la mas decidida espresion de amor. Ella por de contado que era la misma muger de aquella mañana, y así seguia con su mismo carácter, conteniendo, contra todo el torrente de su voluntad, sus dos hermosísimos ojos, que á no ser tan hermosos, feos hubieran parecido, cuando siempre que pasaba Rafael, tomaban, ó querian tomar, cierta espresion de dignidad despreciadora, que quita toda la belleza á las mugeres, y que las aconsejo que nunca usen, porque en estos momentos, todas ellas tienen algo, y mas que algo, de la doncella de labor, honrada, valiente, trabajadora y de buenos padres.

No dejó, sin embargo, Rafael de conocer por alguna mirada, que á su pesar se la escapaba á Ines, que habia en aquellos ojos alguna cosa que pensaba en él. En esto de amores hay indudablemente un misterioso lazo entre los que se han de querer, que nadie puede descubrir, pero cuyos efectos se sienten. Ines habia visto por la mañana á Rafael, y habia desde entonces pensado en él; Rafael desde que por primera vez habia visto á Ines, pensaba tambien en ella, y no dejaba pasar una vuelta sin hacer todo lo que puede hacerse en tales casos por dárselo á entender. Ella estaba contentísima con esto, pero no se daba por entendida, por el deber que se habia impuesto de hacerse la indiferente, obligacion necia que no la atormentaba menos que el pensamiento de que aquel hombre estaba casado.

Haciéndose por fin el distraido nuestro Rafael, cortó de repente una vuelta y se colocó detrás de Ines, que advirtiéndolo, yo no sé si se puso un poco colorada, y se cortó en la conversacion que con otra jóven como ella y una vieja muy bien conservada y en estado aun de merecer, llevaba.

Sorprendió, y no poco, esta vuelta brusca á Carlos, que creyó desde luego que habia sido aquel un movimiento peculiar en la especie del animal marido; pero no tardó mucho en dar tambien la vuelta, diciendo al amigo con quien iba:

—Este ya se escamó. No importa, me alegro: vamos á ponernos otra vez detrás, y salga lo que salga. Ella no es él: si á él le incomodo, á ella le gusto: eso es, adelante.

La juventud es irreverente, ¿y qué le hemos de hacer? Advertimos que no son buenas las ideas que manifiesta Carlos. El escritor mas moral se ve á veces precisado á contar cosas que nada tienen de morales; haga una advertencia como esta, cuando esto suceda, y duerma tranquilo, porque él ha hecho lo que ha podido por sus lectores.

Iban pues por el paseo Inés, la otra y la otra: tres; detrás Rafael y Luisa: cinco; y detrás Carlos y su amigo: siete personas en rosario. Y habia entre aquellas personas, y sobre todo, podia haber relaciones estrechísimas. Es de suponer que no sería este el solo rosario ni las solas relaciones futuras que habria en el paseo. Ingeniosísimo ha sido el supremo Hacedor en todos los medios que hace discurrir al hombre para procurar *ir viendo si* se relaciona con sus otros hermanos, hermanos que han perdido la costumbre de saludarse por las mañanas y hablarse con cariño siempre que se encuentran, por lo numeroso de la familia, por lo ocupado que cada uno anda en sus negocios, y sobre todo, porque el padre verdadero no parece si se le busca con cien luces, y el que en la confusion la echa de padre, ni conoce á sus hijos, ni deja que ellos le conozcan, ni habla él tampoco con cariño á nadie, *ni nada*. Pues uno de estos ingeniosísimos medios es el de andar el pretendiente de relaciones, delante ó detrás, y dale que dale, siempre cerca de la persona apetecida; y aunque puede suceder que anda ochenta años un hermano tras de otro hermano infructuosamente, es lo mas general que al fin adquieran uno y otro el derecho de menear la cabecita y sonreirse siempre que se encuentren; y esto, que es lo que se llama saludo, es prueba tal de cariño, que debe economizarse mucho.

Digresion es esta que por inoportuna y oscura deberia borrarse. Bórrese en hora buena y adelante.

Como no habia sido la intencion de Rafael la que Carlos suponia, ni aquel echó de ver que este le seguia otra vez, ni este notó en aquel la mas mínima cosa que le convidara á hacer alguna calaverada, que otra cosa mejor no era de esperar de quien tan poco respetaba los conyugales lazos, no supo él á qué atribuir la total indiferencia de Rafael, que ocupadísimo con Inés, asi se curaba de toda la demás gente que en el mundo habia, v. g. como un rey de sus vasallos.

Pero como parece que no habia la misma indiferencia en Luisa, avínole bien, y no se metió en mas averiguaciones.

De lo que pasó desde aqui hasta el dia siguiente no sé ni una palabra; pero no debió andar Carlos ni perezoso ni desgraciado, porque contra toda su costumbre, se levantó aquella mañana muy temprano, hablando solo y diciendo: «Si esa muger no me quiere, no entiendo yo una palabra de mugeres. Es necesario no perder tiempo, si el torpe del marido no está en casa, ahora mismo la veo;» y empezó á vestirse cantando y aturdiendo á voces á un muchachuelo rubio y bien dispuesto que le servia de ayuda de cámara.

Vistióse de prisa, al descuido; pero sin dejar de verse en el espejo, que no le disgustó, reflejándole una figura suelta, derecha y noble; y ya iba á salir, cuando pensándolo mejor se puso á escribir una carta, y concluido este negocio en dos minutos, salió de casa murmurando entre dientes: «Si no la puedo ver, no importa, carta al canto.»

Dirigióse con esto á casa de Luisa, llamó á la puerta, salió á abrirle

una criada, la preguntó si se podia hablar con el ama de la casa, la criada le respondió que sí, y fué introducido, despues de atravesar un largo callejon, en un aposento irregular y medianamente amueblado, donde sentada en una desvencijada y antigua silla poltrona, y teniendo á los piés un gran cesto de labor, se hallaba el ama de la casa cosiendo á la sazon unos calcetines.

—Señora, muy buenos dias, dijo al entrar Carlos.

—Muy buenos los tenga V., caballero, respondió la señora colocando al mismo tiempo en forma de guante en su mano izquierda un calcetin.

—¿Y qué se le ofrecia á V.?

—Señora, yo sé que esta es la casa mas decente en que se alquilan cuartos amueblados en todo Madrid.

—Gracias, caballero, gracias, y á buen seguro que sí; porque mi marido, que Dios haya, era un empleado en las rentas de S. M., y tiempo ha habido en que he tenido abono de cazuela en el teatro, y...

—Pues bien, señora, interrumpió Carlos, yo quisiera ver algun cuarto, porque...

—¡Ay, hijo mio! Si V. hubiera venido antes, y tan buen cuarto como hubiera V. hallado; pero ahora justamente tres habitaciones que son, una gran sala con dos gabinetitos y en cada gabinete su alcoba, me los tienen ocupados un jóven y una señorita, que parecen ser muchas personas, porque el uno duerme en un gabinete y el otro en el de enfrente: matrimonios de señores. ¡Jesus, y qué mal gusto!

—¡Voto va! esclamó Carlos, el cuento es que yo quisiera hablar á esa señora, porque la conozco, y puede que me cediera un cuarto. El marido no estará en casa, y...

—Sí señor, no se levantan hasta las doce: puede V. volver, que ahora no son mas que las diez y media, y si VV. se arreglan...

Columpióse en la silla nuestro Carlos sin decir una palabra, hasta que despues de haber hecho cuatro gestos de hombre que todo lo deja á la fortuna: Señora, dijo á la patrona, voy á darla á V. una prueba de confianza, tan grande, que por imposible tengo que una persona de la educacion de V. no corresponda á ella.

Sacóse ella maquinalmente el calcetin de la mano, prendió en él la aguja, todo lo dejó sobre la silla inmediata, y con los brazos cruzados siguió oyendo á Carlos, que decia: Yo estoy ciegamente enamorado de esa señorita que duerme en ese gabinetito, yo podria haberme valido de una de sus criadas de V. para entregarla un billete...

—Quite V. de ahí, señor caballero, esclamó la buena ama de casa, las criadas son mugeres sin principios y torpes que comprometen á cualquiera, y...

Llenósele á Carlos el semblante de júbilo, y viendo seguro el logro de sus deseos, y entusiasmado, no pudo menos de apretar con las suyas una de las manos de la amable viuda, mano que tendria ya sus cincuenta años, y que tembló con todo.

Las manos de las mugeres tiemblan con facilidad, por un efecto de la irritabilidad de sus nervios, segun parece.

Desde aquí en adelante todo fué efusion de sentimientos y franqueza por ambas partes. Pidió dinero la vieja, dióselo Carlos, dijo que era poco y que bien podia darle mas; contentóla Carlos dándoselo, la entregó la carta, la encareció su amor, su agradecimiento, ella le encareció su fidelidad, su desinterés, maldijo la pobreza, la avaricia y los siete pecados capitales, y ofreciéndose á servir á Carlos como si fuera cosa propia, le acompañó hasta la puerta.

Y ahora digo yo.

¡Con que está ya visto que en este mundo halla siempre el vicio acogida! ¿Quién será el que se niegue valerosamente á contribuir á una mala accion, cuando hasta la esposa de un antiguo empleado en rentas, mira el adulterio con cierta indiferencia de buena sociedad?

¡Adios, virtud! ¡adios, descansa en paz! que aquí descansaremos como podamos.

V.

En una mala habitacion de una mala casa de un mal barrio, que apenas hay cosa mala que vaya ni venga sola, estaban sentados al derredor de uno de estos muebles de barro que llaman copas, y que sirven para lo mismo que los braseros, es decir, para tener lumbre en las habitaciones, al derredor pues de una copa estaban sentadas en una noche de las mas frias de invierno tres personas, bien distintas en verdad, porque el uno era hombre, la otra muger, y la otra persona era una hembra fea, y por lo tanto ni hombre, ni muger, ni cosa que lo valga. Tenia la habitacion en que se hallaban todo el carácter que tienen todas las habitaciones pobres, que consiste en cierto aspecto repugnante y en cierta desnudez de todo género de adornos, que sin duda ninguna no echan de ver los ojos de la gente pobre; pero que afecta de un modo particular y desagradable los ojos de la gente que no es pobres, que están acostumbrados á cierta proporcion y cierto órden en el arreglo de sus *jaulas*. La chimenea francesa da muchísimo carácter á una habitacion: una habitacion con chimenea francesa, casi, y sin casi, puede tener usia entre las demás habitaciones aquí en nuestra España, y puede tratarse de V. á una habitacion que tenga en medio, ó aunque no sea en medio, uno de nuestros clásicos braseros. Pero ni la chimenea ni el brasero sirven para dar una idea exacta acerca de si habrá ó no dinero en la casa en que se encuentran: esta ventaja tiene la copa de barro, que es signo inequívoco de que entre todas las personas que á su derredor se calientan, no hay ahorrados arriba de dos duros.

Y esto es tanto mas cierto, cuanto mas decentes son las personas sentadas al amor de la copa. Y de aquí se infiere, que sabe Dios lo que se habria hecho de los catorce ó quince mil reales que tenian Rafael y Luisa, porque los dos ni mas ni menos, acompañados de su feísima ama de casa, eran las personas de que estamos hablando.

Yo que con tanto cuidado y prolijidad supe lo que les sucedió un dia: segun me parece sin saber por qué, que es gran razon á falta de otra, no volví á saber de ellos ni una palabra en una porcion de tiempo, hasta que ahora vuelvo á saber y vuelvo á contar lo que buenamente sé. Desde entonces hasta ahora han pasado dos meses, ó uno, ó menos, ó cosa así. A fé que no es mucho tiempo: tú, lector, tengas ó no talento, puedes llenar este hueco con lo que mejor te pareciere, que lleno quedará.

Ciceron tambien, ó porque él no escribió ó por otra causa cualquiera, dejó un libro todo lleno de vacios, huecos, ó lagunas, como tambien se llaman. Para llenar las lagunas de Ciceron, lector amigo, necesitarias ser un sabio: feliz tú, que para llenar esta laguna de nada necesitas; feliz yo, que para verla llena, de nada tampoco necesito; y desgraciado Ciceron, que por necesitar de sabios, verá cuando mas llenas sus lagunas, no de agua clara, sino de caldo de sabio, que aunque mas espeso que el de pollo, contiene menos sustancia, alimenta menos y empalaga mas.

Estaba pues Rafael, mas que sentado, echado en una silla, que algo distante de la pared, tirada hácia atrás se apoyaba en ella, con un codo puesto en una mesa cubierta con un tapete de damasco roto, que á su lado derecho habia, fumando pacíficamente un cigarro puro. Luisa estaba sentada mas cerca del fuego, enfrente de la mesa, leyendo á la luz de un veloncillo en un libro nuevo, pero impreso y encuadernado mezquinamente, lo que me hace creer que seria edicion hecha en Madrid de alguna obra moderna. La buena de la patrona, sentada casi encima de la copa, estaba cabeceando, y mas que durmiendo, matando algo del mucho sueño que tenia. Por fuera zumbaba el viento, que es bien seguro que hacia tiritar á mas de cuatro infelices, porque hay mas de cuatro mil en Madrid cuyo único amparo, mientras piden limosna en noches como esta, es el caritativo rincon de alguna puerta, que siente impasible los movimientos convulsivos con que los helados miembros de estos desgraciados se golpean en ella; y tan impasible los siente, que en pago bien merecia esta puerta dejar de ser materia bruta, y convertirse en la humanidad personificada, que apenas es un poco mas *firme* de corazon que ella. El frio es un enemigo horrible del pobre, para quien no hay calor en ninguna parte, porque hasta la llama de su corazon se ha apagado; y no se ha apagado ella sola por falta de vida, no, la ha apagado el frio soplo... ¿De quién? De todos nosotros, que nada hacemos que sea bueno; de todos nosotros, que somos tan dignos de ser ahorcados por malos, como de otra cualquier cosa.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

LA CRUZ DE PIEDRA,

Leyenda de la edad media.

PRIMERA PARTE.

I.

Allá en tierra de Leon
vivia, segun parece,
á mitad del siglo trece
si no miente el Cronicon,
Un conde de ilustre raza
que cansado de las guerras,
mataba el tiempo en sus tierras
entre la mesa y la caza.
Mezcla de noble hidalguía
de traicion y de crueldad,
era el tipo de la edad
que por entonces corria.
Pronto á luchar contra el rey
como á acuchillar al moro,
era el valor su tesoro
y era la fuerza su ley.

Vivía, en fin, como un hombre
cansado ya de conquista,
y es lástima que el cronista
no nos trasmita su nombre.
Solo nos dice era padre
de un ángel de candidez,
que perdiera en la niñez
las caricias de su madre.
Alma de fuego Leonor,
un hechizo de hermosura,
alzaba su frente pura
brotando vida y amor.
Y encerrada en el castillo,
cual flor que su aroma esconde,
habitaba con el conde
lejos de pompas y brillo.
Un dia en su corazon
soñó ventura y delicias,
y adormióse á las caricias
de una primera pasion.
Y alma en ensueños fecunda,
nacida en suelo español
y aun mas ardiente que el sol,
que en luz sus campos inunda,
Amó cual se ama la vida
en sus risueños albores;
amó cual aman las flores
de abril el aura querida.
Y á fe que bien merecia
amor tan grande Ricardo,
pues era un mozo gallardo
de sin igual bizarría.
Prendado de su candor
la amaba con tal vehemencia,
que diera hasta la existencia
por su hermosa Leonor.
Mas ¡ay! que injusta con él
fué por demás la fortuna:
nacido de humilde cuna
era pechero el doncel.
Y el mísero bien sabia
que el conde en su orgullo vano,
nunca al hijo de un villano
joya tan rica daría.
Pero ¿cómo resistir
á tanto hechizo? imposible:
en su amor inestinguible
olvidarla era morir.
Y en su ardiente corazon
fuera su vida un martirio,
si amando con tal delirio
quisiera ahogar su pasion.
Así del mundo á despecho,
él por servirla se afana,
y la linda castellana
su amor acoge en el pecho.
Y libre de sinsabores
su vida á lucir empieza;
que el ángel de la pureza
velando está sus amores.

II.

En lo interior del castillo
Y en una espaciosa sala,
Cuyas paredes encubren
Los trofeos de la caza;
Y en un sillon de anchos brazos
Que ostenta pintadas armas,
Sentado se halla el buen conde.
De pié y á corta distancia
El fiel Ricardo le escucha,
Y ardiendo en cólera y rabia,
Devora dentro del pecho
Sus injuriosas palabras.
—Ingrato has sido, le dice,
Villano al fin, así pagas
Al que dueño de tu vida...
—Yo, señor!!!...
—No escucho nada.
Sella tu boca, Ricardo:
Si has creido en tu arrogancia
Que era lícito al gusano
Que por la tierra se arrastra
Entre miserias y polvo
Fijar audaz sus miradas
En el águila altanera
Que mira al sol cara á cara.
—Pero, señor!
—Si has creido,
Poder insultar mis canas,
Enlodando para siempre
Los blasones de mi casa,
Vive Dios que te engañaste:
Tiembla, ¡ay de tí!
—Señor.
—Calla.
¿Ella esposa de un pechero:
La hija de mis entrañas,
Cuya sien ceñir merece
La corona de un monarca?
Nunca: primero yo mismo
La existencia la arrancara.
Blanca paloma ha caido
Del gavilan en las garras,
Que cobarde ha desgarrado
Su tierno pecho.
—Mi espada
Responderá, no mi lengua,
Al que tuviere la audacia
De empañar...
—Calle el villano!
Solo mirándola, empaña
El cristal de su pureza.
—Aunque de sangre villana
Tengo hidalguía en el pecho,
Y fuerza al brazo no falta
Para blandir el acero,
Porque es mi fama tan clara
Como la luz de ese sol
Que hiriendo está vuestras canas.
—Par diez que ya tu insolencia
Muy alto, mancebo, raya,
Y el sufrimiento se agota
Al escuchar tus bravatas.
Vive Dios que si tu arrojo
Con tu osadía se iguala,
Fueras temible en las lides
A las huestes africanas.
—Señor, aunque no blasono
De noble ni ilustre raza,
Tuve un padre que, esforzado,
Murió en la lid por su patria,
Y me dejó por herencia
Una conducta sin tacha
Y el corazon de un valiente.
Guerras hay, sobran batallas
Donde probar los quilates
Del que de bravo se jacta.
Allí, señor, confundido
Entre las filas cristianas,
Veremos si frente á frente
Pavor el moro me causa.
Quizá el brazo de ese Dios
Que á los débiles ampara,
Dará robustez al mio
Y venceré en la demanda;
Quizá arranque á la fortuna
Con la punta de mi lanza
Algun blason de nobleza
Que esculpir sobre mis armas.
Digno entonces de su mano
Y de mi amor en las alas,
Laureles, oro y blasones
Vendré á arrojar en sus plantas.
—(*Ap.*)¡Oh, que idea! Bien, Ricardo,
Mucho tu arrojo me agrada;
Y tarde á fé he comprendido
Todo el temple de tu alma.
—¿Será posible? ¿qué escucho?
—Es tu empresa temeraria,

Pero bien puede la suerte
Realizar tus esperanzas
Y...
—¿Consentís? ¿no es un sueño?
¡Yo deliro! gracias, gracias.
Voy á partir al instante,
Que ya á mi ansiedad le tarda
El volar á la pelea.
—Y ¿á qué tan pronto? mañana,
Sin que nadie lo trasluzca,
Podrás al rayar el alba
Abandonar el castillo.
—Lo haré, señor, como os plazca.
—Seis años te doy de plazo:
Si vuelves, aquí te aguarda
La mano de la que adoras;
Mas si acaso en tu desgracia...
—Nada temais: Dios me ayuda.
Señor, pues la ausencia es larga,
Dadme á besar vuéstra mano.
—Adios, Ricardo.—
Y la estancia
Abandona presuroso;
Mientras con risa forzada:
—¡No volverás, te lo juro!—
El conde en silencio esclama.

III.

Era de noche; en deliciosa calma
Todo en silencio y soledad yacía;
Y allá por el oriente
Se alzaba melancólica la luna,
Reflejando en su frente
Tibia la luz del luminar del dia:
Y el aura que importuna
Sobre la flor se posa
O entre sus hojas revolando vaga,
Ahogó su aliento y se quedó adormida
Sobre un boton de purpurina rosa.
. . . .
Vasta llanura de empinados olmos
Y gigantescos álamos poblada,
En derredor tendíase frondosa
Sombra prestando á la feudal morada.
Allí, velados por la noche oscura,
Bajo un dosel de estrellas
Y á solas con su amor y su ternura,
Ricardo y Leonor se embebecian,
Mientras brotaban como el fuego ardientes
Castos acentos de sus castos labios;
Y de amor suspirando,
Las flores en su cáliz se mecian
Y besaba sus frentes
Amante brisa; y en murmullo blando,
Al ver ventura tanta,
Su ramaje los árboles movian.
Allí están: de entre el césped se levanta
Majestuosa una cruz. Al pié, miradlos,
Cual si fueran dos ángeles que velan,
En oracion sumidos,
Asentados se ven; ¡mísera suerte!
Los desengaños que la mente hielan
Pronto vendrán á desgarrar su pecho.
Ya zumba en sus oidos
De la borrasca el huracan deshecho;
Ya sus alas agita
En torno suyo el roedor quebranto,
Que amores, juventud, todo marchita.
. . . .

(Continuará.)

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

SONETO.

Cándidas olas de la mar serena,
Brisa eterna, y feliz huerta florida,
Ciudad de antigua historia esclarecida
Que aduerme el Turia en su sedienta arena:
Con Dios quedad: en vuestra estancia amena,
Que con reposo al parecer convida,
Lejos de hallarle en mi revuelta vida,
Por artes del amor hallé mas pena.
Las olas y las brisas y las flores
Y de la antigua gloria los destellos,
Por breve instante diéronme alegría;
Mas la luz de unos ojos seductores
Hirió mi corazon; ojos de aquellos
Que tu cielo y no mas, Valencia, cria.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

20 de agosto de 1851.



El Monte Sinaí.—(Véase el SEMANARIO de 1849.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.